

X.

LAS NARRACIONES DE LARGOS VIAJES.

Mess Lethierry, á quien incomodaba cualquier otro traje, llevaba siempre el suyo de á bordo, y hasta preferia su chaqueta de marinero á su chaqueta de piloto, lo que hacia poner mal gesto á Deruchette.

Nada es tan hermoso como los visajes de la gracia encolerizada. Deruchette refunfuñaba y reia.—*¡Qué peste!* exclamaba, *oleis á brea.* Y le golpeaba ligeramente el hombro.

Aquel buen viejo héroe del mar, habia traido de sus viajes relatos sorprendentes. Habia visto en Madagascar plumas de ave de las cuales tres bastaban para cubrir el

BIBLIOTECA ALFONSO
UNIVERSITARIA

techo de una casa. Había visto en la India tallos de acedera que tenían nueve pies de altura. Había visto en la Nueva Holanda bandadas de pavos y de gamos conducidos y guardados por un perro de pastor que es un pájaro llamado aganis. Había visto cementerios de elefantes. Había visto en Africa gorillas, que son una especie de hombres-tigres, de siete pies de alto.

Conocía las costumbres de todos los monos, desde el macaco salvaje, el cual llamaba *macaco bravo*, hasta el macaco hablador, el cual llamaba *macaco barbudo*. En Chile había visto una macuca que enternece á los cazadores mostrándoles su pequeñuelo. Había visto en California el tronco de un árbol hueco derribado, en cuyo interior un hombre á caballo podía dar ciento cincuenta pasos. Había visto en Marruecos á los mozabitas y los brikris batirse con matraks y barras de hierro, por haber los brikris sido tratados de *kelb*, que quiere decir perros, y por haber los mozabitas sido tratados de *kham*s, que quiere decir gentes de la quinta secta. Había visto en la China cortar en pedacitos menudos al pirata Chanh-Hung-quan-larh-Qoni, por haber asesinado el ap de una aldea.

En Thu-dan-mot, había visto cómo un león se llevaba una vieja en medio del mercado de la ciudad.

Había asistido á la llegada de la gran serpiente que de Cantin venía á Saigon para celebrar en la pagoda de Cholen la fiesta de Quan-nam, diosa de los navegantes. Había contemplado en el país de los Mói al gran Quan-Sú. En Rio Janeiro había visto que las elegantes brasileñas se po-

nían por la noche en los cabellos unas burbujitas de gasa, conteniendo cada una de ellas un cocuyo, especie de luciérnaga ó insecto fosforescente, con lo que parecía que llevaban un tocado de estrellas.

Había combatido en el Uruguay los hormigueros y en el Paraguay unas arañas velludas, grandes como la cabeza de un chiquillo, que con sus patas cubrían un diámetro de un tercio de vara, y aterraban al hombre arrojándole sus pelos que se hundían como flechas en la carne y levantaban pústulas.

En la orilla del rio Arinos, afluente del Tocantins, en los bosques vírgenes al Norte de Diamantins, había comprobado la existencia del pueblo de los murciélagos, hombres que nacen con los cabellos blancos y los ojos colorados, que habitan los bosques sombríos, duermen de día, se despiertan de noche, y pescan y cazan en las tinieblas, viendo mejor cuando no hace luna. Cerca de Beyrouth, en un campamento de una expedición de que él formaba parte, había sido robado de una tienda un pluviómetro; un hechicero, cubierto solo con dos ó tres fajas de cuero, había agitado con tanto furor una campanilla puesta en el extremo de un cuerno, que una hiena devolvió al momento al pluviómetro.

Ella misma había sido la ladrona.

Historias tan verdaderas se parecían tanto á cuentos que divertían á Deruchette.

La *muñeca* de la Duranda era el lazo que unía al buque con la jóven. Llaman muñeca en las islas normandas

al mascarón tallado en la proa, estatua de madera esculpida con mas ó menos esmero. Por eso en las islas normandas quiere decir *navegar* la siguiente locucion local: *etra entre poupe et poupee* (hallarse entre popa y mascarón.)

El mascarón de la Duranda era particularmente apreciado de mess Lethierry. Habia encargado al carpintero que se pareciese á Deruchette. El carpintero hizo lo que pudo, pero pudo muy poco.

Aquel mascarón era un tronco que se esforzaba en parecer una jóven hermosa.

No obstante ser asaz disforme aquel mascarón, bastaba para la ilusion de mess Lethierry. La miraba con una contemplacion de creyente, y se estasiaba de buena fe en su presencia. En él reconocia perfectamente á Deruchette. Algo hay por el estilo en la manera de parecerse el dogma á la verdad y el ídolo á Dios.

Mess Lethierry tenia dos grandes alegrías cada semana; una el martes y otra el viernes. La primera estaba motivada por la partida de la Duranda y la segunda por su regreso. Se apoyaba de codos en su ventana, contemplaba su obra y era feliz.

Algo hay de eso en el Génesis. *Et vedit quod esset bonum.*

El viernes, la presencia de mess Lethierry en su ventana equivalia á una señal. Cuando se le veia asomado á ella encendiendo su pipa, la gente decia: El buque de vapor está en el horizonte.

Un humo anunciaba otro.

Al llegar al puerto la Duranda anudaba su cable debajo de las ventanas de mess Lethierry á una grande argolla de hierro fija en el baramento de las Bravées. En tales noches, Lethierry disfrutaba un sueño admirable en su coí, al pensar que á un lado tenia á Deruchette dormida y al otro á Duranda amarrada.

El amarradero de la Duranda estaba cerca de la campana del puerto. Allí habia, delante de la puerta de las Bravées, un pequeño malecón, el cual, lo mismo que las Bravées, la casa, el jardín, los senderos orlados de setos vivos y hasta la mayor parte de las habitaciones inmediatas, no existe ya actualmente.

La explotacion del granito de Guernesey hizo vender aquellos terrenos. Hoy todos ellos se hallan ocupados por canterías de picapedreros.

XI.

OJEADA SOBRE LOS MARIDOS EVENTUALES.

Deruchette crecía, y no se casaba.

Mess Lethierry, convirtiéndola en una señorita de manos blancas, la había hecho difícil de contentar.

Semejantes educaciones se vuelven mas adelante contra uno mismo.

Y es el caso que Mess Lethierryera mas difícil de contentar todavía. El marido que él quería para Deruchette había de ser tambien un marido para Duranda. Hubiera querido casar de un solo golpe á sus dos hijas. Hubiera querido que el conductor de la una hubiese podido ser tambien el piloto de la otra. ¿Qué es un marido mas que el capitán de un

CARILLA ALFONSO
UNIVERSITARIA

viaje? ¿Por qué, pues, no dar el mismo patron á la hija y al buque? Un matrimonio obedece á las mareas. Quien sabe conducir un barco sabe conducir á una mujer. La mujer y el barco son los dos súbditos de la luna y del viento. Sieur Clubin, teniendo solo unos quince años menos que mess Lethierry, no podia ser para Duranda mas que un patron provisional; se necesitaba un piloto jóven, un patron definitivo, un verdadero sucesor del fundador, del inventor, del creador. El piloto definitivo de Duranda tendria por esta sola circunstancia algo de yerno de mess Lethierry. ¿Por qué no fundir los dos yernos en uno solo?

Acariciaba esta idea.

Tambien él veia crecer en sus sueños un prometido. Un robusto gabiero tostado y brusco, atleta del mar, hé aquí su ideal.

Pero no era enteramente el de Deruchette.

El sueño de ésta era mas de color de rosa.

De todos modos, el tio y la sobrina habian al parecer acordado no precipitarse. Cuando se vió á Deruchette convertirse en una heredera probable, empezaron á menudear los partidos.

Esos genios tan vivos no son siempre de buena calidad.

Mess Lethierry lo comprendia, y murmuraba: novia de oro, novio de cobre. Y despedia á los pretendientes.

Aguardaba. Ella lo mismo.

¡Cosa singular! tenia pocas aspiraciones á la aristocracia. Respecto de este punto, mess Lethierry era un

inglés inverosímil. Difícilmente se creará que llegase á rehusar para Deruchette un Landuel, de Jersey, y un Bugnet-Nicolin, de Serk.

Hasta alguno se ha atrevido á afirmar lo que no nos parece siquiera posible, que no habia aceptado una proposicion procedente de la aristocracia de Aurigny, y que habia desatendido la de un miembro de la familia de Edan, la cual descende evidentemente de Eduardo el Confesor.